

SOBRE LA DETERMINACION DE LA POBREZA: UNA NOTA TECNICA

Ha pasado a ser habitual en los estudios que se proponen evaluar el impacto de las políticas sociales y del crecimiento económico sobre el bienestar de las poblaciones, la estimación de un límite absoluto a partir del cual puede hablarse de hogares o personas que viven en condiciones de "pobreza", "indigencia", "extrema pobreza", "marginalidad" o "pobreza crítica". Los métodos para estimar este límite absoluto han sido muy diversos, pero básicamente pueden sintetizarse en dos tipos: aquellos que utilizan como criterio central las condiciones de las viviendas y la posesión de bienes, y aquellos que prefieren la utilización de un indicador más directo, como el del ingreso familiar disponible por persona para satisfacer determinadas necesidades básicas. En favor de unos u otros pueden alegarse distintos argumentos (los estudios basados en características de vivienda y posesión de bienes serían menos sensibles a variaciones de coyuntura, permitiendo una estimación más ajustada de la pobreza "estructural"; al mismo tiempo permitirían una valoración de los "stocks" liquidables en casos de emergencia, lo que no sería posible con los solos datos de ingreso monetario; dispondrían de información censal y no sólo de muestras de hogares, lo que permitiría una evalua-

ción del problema a nivel nacional más acertada —sobre todo considerando las dificultades de información en zonas rurales— que los estudios de ingresos; sin embargo, no permiten una medición continua, están afectados por importantes cambios en modernización global entre uno y otro momento de medición —habitualmente diez años—, no indican el respaldo monetario efectivo que existe tras la posesión de bienes —contabilizando deudas como haberes, por ejemplo— y tienen una relación sólo indirecta con el grado de satisfacción de necesidades tan elementales como la alimentación, la salud o el vestuario, asociados con la capacidad cotidiana de sobrevivencia. Aproximadamente los argumentos inversos pueden ofrecerse en relación a las estimaciones basadas en los estudios de ingresos). Sin embargo, deben formularse dos tipos de reparos de mayor importancia que los que pueden ofrecerse en un debate meramente teórico de alternativas: en primer lugar, tanto para unos como para otros la información pertinente es inexistente o inadecuada. En segundo lugar, los estudios disponibles muestran una disparidad de resultados demasiado importante como para ser desestimada.

Dos estudios de importancia se han hecho en el país siguiendo la primera aproximación, esto es, las condiciones

habitacionales y de equipamiento de bienes de consumo durable: éstos son los "Mapas de Extrema Pobreza" para 1970 y 1982, realizados sobre la base de la información censal para los mismos años por la Oficina de Planificación Nacional y el Instituto de Economía de la Universidad Católica (ODEPLAN-IEUC, 1975 y 1986), que indicaron una proporción de pobreza extrema de 21% sobre el total de la población en 1970, y de 14% en 1982, respectivamente. Estos dos estudios siguieron una metodología muy similar y serían, por ello, comparables. Como es obvio, sin embargo, no existe otro estudio equivalente para los años posteriores, debido a que los censos de Población y Vivienda se realizan cada diez años.

Aun en ese caso, conviene revisar la plausibilidad de la cifra correspondiente a 1982¹, con el objeto de tener un punto de comparación con las estimaciones que pueden realizarse a partir de otros indicadores y fuentes.

¹ El estudio de 1982 mostró una disminución no sólo relativa, sino también absoluta respecto a los definidos como "extremadamente pobres" en 1970: para este último año, en efecto, se estimaba que constituían el grupo en extrema pobreza un total de 1.916.000 personas (ODEPLAN-IEUC, 1975); para 1982, esta cifra había descendido a 1.346.868 personas (ODEPLAN-IEUC, 1986).

Las clasificaciones de estos informes se basan en la definición de cuatro variables fundamentales: tipo de vivienda, sistema de eliminación de excretas, hacinamiento y equipamiento del hogar. Las cuatro pueden estar fuertemente influidas por cambios ocurridos en la última década, que no se asocian necesariamente con una superación de la pobreza, por lo que conviene detenerse brevemente en ellas.

El estudio de 1970 trabajó con diez "tipos de viviendas" —casas y departamentos; vivienda de conventillo; rancho, choza o ruca; mejoras, viviendas marginales o callampas; viviendas en estructura no residencial; viviendas móviles; otros tipos de viviendas particulares y viviendas colectivas—. Sólo este último tipo de viviendas no fue considerado en el estudio de 1982, aunque se conoce que el 2.16% de la población total vivía a esa fecha en viviendas de ese carácter.²

Llama la atención, en primer término, que la proporción de población que vive en distintos tipos de vivienda permanece casi inalterada. Y, en el margen, la disminución en la proporción de población total que vive en cuatro tipos de viviendas pobres (conventillos, otras viviendas particulares —incluyendo "viviendas en estructura no residencial"— "callampas" y ranchos, chozas o rucas), que cae como agregado desde el 6.1% en 1970 al 3% en 1982, no es principalmente explicada por el aumento en la proporción de personas que habitan viviendas de superior calidad —casas, departamentos—, cuya

proporción crece sólo de 87.4 a 88.5%, sino más bien por el de la proporción de personas que viven en otro tipo de viviendas pobres ("mejoras" y viviendas móviles), que crece del 6.3 al 9%. Esto es consistente con el hecho mayor de que el déficit habitacional en el país ha aumentado a lo largo de los últimos quince años, afectando principalmente a los sectores de menores recursos.

La expansión de la cantidad de viviendas en los estratos de bajos ingresos siguió en el pasado dos líneas paralelas: la construcción y asignación estatal de sitios y viviendas sociales, y la ocupación de terrenos por parte de "pobladores" que levantaban en éstos viviendas de emergencia. La relación entre uno y otro proceso podía traducirse en el incremento de la participación de uno u otro tipo de viviendas en el total de la población. Durante los últimos trece años (nueve al momento de realización del censo), la segunda vía fue detenida por un control punitivo mucho más estricto; aunque el ritmo de construcción de viviendas sociales se desaceleró también, el efecto del primer factor fue de mayor importancia; de allí que el déficit habitacional no se traduzca tanto en aumento del número de viviendas "ca-

llampas", sino más bien en el número de personas y hogares "allegados" en otro hogar principal. Es razonable pensar que ésta es una forma distinta de manifestación de la pobreza, pero no una disminución de la misma.

La variable "hacinamiento" difícilmente podría dar cuenta de este hecho, debido a dos razones: en primer lugar, la frontera que establece (cuatro personas promedio por pieza) es bastante alta y difícil de traspasar en términos de grandes agregados de población³. En segundo lugar, al hecho de que el fenómeno del "allegamiento" ha sido mucho más significativo en las poblaciones del tipo "operación sitio" que en otras poblaciones de vivienda social: en las "operaciones sitio", realizados por auto-construcción, el tamaño de los terrenos permite precisamente la segregación de "mejoras" en patios o jardines destinadas a convertirse en morada de allegados netos.⁴

3 Cortázar (1977) estima por ejemplo, que sobre 1.4 habitantes por pieza que no sea cocina ni baño, debiera considerarse hacinamiento. De acuerdo a los datos de Rodríguez (1985), los índices más altos de hacinamiento en el país aparecen en el primer decil (10% más pobre) en la zona norte, rural, con un promedio de 3.45 habitantes por pieza. El promedio nacional bordea los 1.3 habitantes por pieza.

⁴ Un reciente informe de SUR, basado en una amplia encuesta en poblaciones marginales de Santiago, muestra la siguiente distribución de allegados por tipo de poblaciones:

	"Poblaciones"	"Operación Sitio"	"Campamentos"
Hogares Allegados Netos(*)	23.3%	33.1%	11.5%
Hogares Principales "Extensos" (.)	31.8%	20.2%	29.7%
Total Hogares con Presencia de algún tipo de Allegados	55.1%	53.3%	41.2%
Total Hogares sin Pr. de Alleg.	44.9%	46.7%	58.8%

(*) Familias completas (nucleares o extensas)
(.) Incluye presencia de hijos casados, parientes distintos al cónyuge, a los hijos y no parientes.

Fuente: Valenzuela, Rodríguez, Espinoza.

² Otro tipo no clasificado en forma independiente en 1982 fueron las "viviendas en estructura no residencial", que fueron incluidas en el censo conjuntamente con "otras viviendas particulares". Aunque no pudo ser segregado el tipo, en consecuencia, las personas que habitan ese tipo de viviendas si fueron incluidas en el estudio.

De otra parte, la variable "*sistema de eliminación de excretas*" es —como se sabe— altamente dependiente del factor urbanización. Si se tiene presente que la proporción de la población rural cayó entre 1970 y 1982 del 25 al 18% de la población total, parece natural que esta variable juegue un fuerte papel en la disminución del porcentaje total de "*pobres*". A ello debe agregarse que la extensión de las ciudades ha sido, en el último decenio, mucho más significativa en zonas residenciales de ingresos medios y altos que en las de ingresos bajos, permitiendo una mayor cobertura de las redes de agua potable y alcantarillado en estas últimas. Como en el caso anterior, resulta pues dudoso que la variación de una década a otra sea efecto de una mejoría efectiva de la pobreza, antes que un mero efecto del indicador utilizado.

La cuarta variable básica, por último, es el equipamiento del hogar en términos de bienes durables, que distingue entre los hogares que no poseen y los que poseen uno o más de los siguientes bienes: 1970: "*auto, camión, motocicleta, bicicleta, radio, televisión, refrigerador, máquina de coser*". 1982: "*Radio, radio cassette, tocadiscos, máquina de coser o tejer, bicicleta, televisor blanco y negro, televisión a color, lavadora, teléfono, moto, automóvil, camioneta o furgón propio*".

Un indicador como éste es obviamente inadecuado para comparar situaciones de pobreza de una década a otra: el consumo de ciertos bienes tiene un significado social claramente distinto entre años tan distantes. Un receptor de radio, por ejemplo, era privilegio de 39 habitantes de cada mil antes de la 2da. Guerra Mundial; pasaron a tenerlo 80 de cada mil hacia 1950, 100 de cada mil hacia 1960, 170 de cada mil hacia 1970 y así en adelante, no porque se abatiera la pobre-

za, sino porque se extendía la radiotelefonía y los tendidos eléctricos, y se abarataban los radio-receptores⁵. Muchos ejemplos similares ilustrarían la vieja idea de que la función de los bienes de consumo como factores de discriminación de status social (o de nivel de ingresos) está determinada social e históricamente; es útil, pues, para la medición en un momento preciso, pero de escaso valor comparativo, particularmente en períodos prolongados. El argumento debe subrayarse para una década que ha conocido drásticas transformaciones en la estructura de precios relativos, favorables a los bienes durables frente a los bienes de consumo básico, y en que existió paralelamente una impresionante expansión del crédito financiero y comercial para acceder a los primeros (cf. Martínez y Tironi, 1985).

En lo que respecta a esta variable, como a la anterior, cabría preguntarse si el propósito comparativo del estudio de 1982 no afecta su valor informativo sobre el propio año 1982, además de proponer términos inadecuados de comparación: hacia esa fecha, probablemente, variables así definidas pueden no haber sido las que tuviesen el más alto poder discriminante.

Con todo, debe retenerse la cifra de 14% de población en condiciones de extrema pobreza informada por el estudio de 1982, con el fin de compararla con estimaciones realizadas con otros métodos: si efectivamente unos y otros se refieren al mismo fenómeno, debieran reflejarse en magnitudes y tendencias similares durante iguales períodos de tiempo.

Las estimaciones basadas en el análisis de la distribución de los ingresos

(personales, familiares, o, más comúnmente, familiares per-cápita) tienen, como se dijo más arriba, la ventaja de referirse a una *dimensión decisiva* para la reproducción cotidiana de la vida de las personas; el ingreso puede traducirse en cantidad y tipo de alimentos, beneficios de salud, vestuario, vivienda, etc. que son accesibles anual, mensual o diariamente por las personas y familias.

En particular, el precio de los alimentos ha sido utilizado como criterio central para los estudios de pobreza: la definición de una canasta de alimentos básicos, que permiten conformar una dieta acorde con los requerimientos calórico-proteicos mínimos recomendados por organismos técnicos internacionales, permite definir —con arreglo a los precios de mercado— un ingreso mínimo para alimentarse, bajo el cual una persona debe ser considerada en situación de "*indigencia*". A su vez, como las personas tienen otras necesidades básicas además de la alimentación, y a niveles de subsistencia ésta absorbe el 50% del gasto familiar promedio, el doble del valor de la canasta define un nivel de ingreso bajo el cual una familia (o una persona, cuando se habla de ingreso familiar per-cápita) debe ser considerada en situación de "*pobreza*".

Prácticamente todos los estudios realizados en el país siguiendo este método, han adoptado como definición la misma canasta de alimentos básicos (Altimir, 1978), han encontrado similares dificultades de medición de los índices de precios al consumidor (que suelen ser sorteadas ofreciendo dos o más deflatores alternativos), pero, sobre todo, han encontrado un obstáculo mayor en la inexistencia de una estadística confiable para lo que constituye su dato central: la distribución de ingresos.

De hecho, la única fuente de datos

⁵ De acuerdo con informaciones de la encuesta de Rodríguez (1985), hacia 1983 sólo un 8.7% de las familias en el país carecían de radio-receptor.

continuos sobre ingresos personales y familiares de que se dispone en el país, es la Encuesta de Ocupación y Desocupación del Departamento de Economía de la Universidad de Chile, que en los meses de junio de cada año de aplicación incluye una indagación sobre ingresos de las personas. Esta fuente tiene, sin embargo, limitaciones importantes: en primer lugar, se trata de una muestra de hogares del Gran Santiago y no del conjunto del país⁶; en segundo lugar, el ingreso no es una variable investigada sistemáticamente, sino que se lo indaga secundariamente, dentro de una muestra definida para medir empleo y desempleo. Aun así, en la medida en que no existe una fuente alternativa, la información que provee se convierte en un dato clave para este propósito⁷.

Los problemas de medición obligan, sin embargo, a realizar un breve rodeo antes de concentrarse en el período de la crisis. Las preguntas que deben formularse son: i) ¿existe consistencia entre las informaciones sobre pobreza provistas por el "método vivienda", con las proporcionadas por el "método ingresos"? ii) ¿existe consistencia entre las informaciones provistas por diversos estudios que utilizan el "método ingresos"? iii) ¿qué explica las inconsistencias que pueden detectarse? y iv) ¿son las tendencias detectadas consistentes con la evolución macroeconómica?

Debido al alto cuidado técnico puesto en el tratamiento de los datos, podemos tomar como indicativo de los estudios orientados por el "método ingresos", el reciente informe elaborado para PREALC por Pollack y Uthoff (1986), que dispuso de información para diversos años significativos entre 1969 y 1984. Aunque no existe información específicamente para 1970, la primera constatación que sorprende es que la proporción de "pobreza" informada para el año inmediatamente anterior (1969) alcanza al 28,5%; pero, cuando la estimación se lleva al año 1982, en lugar de mostrar un claro descenso (como era el caso con el "método vivienda" de ODEPLAN-IEUC), la proporción se eleva al 30,8%. Esta diferencia se mantiene constante si, en lugar de utilizar el total de pobreza, se considera el total de población en situación de "indigencia" que, según el mismo estudio, crecería entre una y otra fecha de 8,4 a 10,8%.

Si se tomara en cuenta el conjunto de reparos expuestos más arriba al significado que puede tener una comparación entre 1970 y 1982 con el "método vivienda", podría argumentarse aun que las cifras no difieren demasiado en el año de inicio (1970), y en consecuencia una redefinición del estudio ODEPLAN-IEUC para 1982 que tomara en cuenta los nuevos datos de la situación nacional (déficit habitacional, urbanización, cambio en los patrones de consumo), podría permitir una comparación más ajustada. Sin embargo, otro estudio orientado por el "método ingresos" (Rozas y Torche, 1985), con leves variaciones técnicas respecto al anterior, informa para 1969 una proporción de 60,2% de familias bajo el límite de pobreza, que descende sólo a 48,4% si se toma en consideración el efecto de los programas sociales, y para 1970 una pro-

porción de 47 y 42% respectivamente. A su vez, las comparaciones con el año 1982 mostrarían una disminución de la "pobreza" a 43,9 y 40%, según se tomen o no en cuenta los programas sociales. Por su parte, aunque no pueden ser comparados con otro punto temporal, las informaciones de la encuesta de Rodríguez (diseñada expresamente para este efecto) indicarían para 1983 una proporción de indigencia cercana al 32%, y de pobreza en torno al 56%. Parece evidente que un mismo fenómeno no puede ser estimado, para un momento similar (en torno a 1982-83), en magnitudes tan diversas como 14, 31, 44 o 56 por ciento de la población nacional.

Si se exceptúan las gruesas discrepancias relativas a los años iniciales, los estudios que utilizan una común fuente de datos (Pollack y Uthoff, 1986 y Rozas y Torche, 1985, basadas ambas en la encuesta de la Universidad de Chile) muestran una curva de evolución similar entre años intermedios (véase Cuadro). Sorprende, en cambio, la magnitud en las fluctuaciones de la "pobreza" así definida entre períodos muy breves de tiempo. Y, si esta evolución pudiera considerarse paralela a las bruscas oscilaciones de la actividad económica chilena en la última década, resulta francamente inexplicable que, de acuerdo a ambos informes, la magnitud de la pobreza decrezca fuertemente entre 1980-82 y vuelva a empinarse hacia 1984 (con o sin programas sociales, de acuerdo al estudio de Rozas y Torche), contradiciendo precisamente las tendencias de la evolución económica global.

Más allá de las limitaciones de la fuente de datos sobre ingresos, las explicaciones que proporcionan Pollack y Uthoff a la discrepancia de sus estimaciones con las del estudio de Rozas y Torche, permiten plantear una

6. Existe una segunda muestra, de cobertura nacional, que ha sido menos utilizada hasta ahora por los estudios sobre pobreza.

7. Parece evidente que cualquier recomendación sobre política social debiera incluir un intento por subsanar este vacío, más aún si —como se verá más adelante— la política social gubernamental presente en Chile depende en alto grado de sistemas de información confiables en materia de pobreza.

CUADRO

EVOLUCION DE LA PROPORCION DE POBLACION
BAJO LA "LINEA DE POBREZA" SEGUN VARIOS ESTUDIOS*

	1969	1970	1976	1979	1980	1982	1983	1984
A. Pollack y Uthoff (1986)								
INDIGENTES	8.4		27.9	11.7	14.4	10.8		23.0
NO INDIGENTES	20.1		29.0	24.3	25.9	20.4		25.5
TOTAL POBRES	28.5		56.9	35.9	40.3	30.8		48.2
B. Rozas y Torche (1985)								
Sin Programas Sociales	60.2		69.8	45.1	50.8	43.9		46.7
Con Programas Sociales	48.4		65.8	39.1	43.3	40.0		42.0
C. ODEPLAN — IEUC (Mujica y Rojas)								
		21.0				14.0		
D. J. Rodríguez (1985)								
INDIGENTES							32.0	
NO INDIGENTES							24.0	
TOTAL POBRES							56.0	

Fuentes: estudios citados

proposición más gruesa en torno a las condiciones de la línea de pobreza.

"Cabe considerar", señala el estudio de PREALC, que el cálculo de Rozas y Torche "es indirecto, realizado a partir de información de la población agrupada en deciles, para lo cual se supuso que el ingreso se distribuía en forma lineal entre el ingreso promedio de cada decil y el ingreso límite del decil. En segundo lugar, Rozas y Torche usan un ingreso de 369 pesos de 1976; en cambio, la presente investigación (de PREALC) utiliza un ingreso de 154.4 pesos de 1976, lo cual dejaría la línea de pobreza en 308.8, sesenta pesos por debajo de la de ellos. En tercer lugar, Rozas y Torche dividen los ingresos familiares totales por el número promedio de personas en una familia, sin llevar en consideración variaciones en el tamaño familiar por tramos de ingreso". (Pollack y Uthoff, p. 65). Para la sorprendente disminución de la "pobreza" en 1982, se da una explicación de coyuntura basada en el mes de medición (en que, si bien la desocupación fue muy alta, los salarios reales

no caían todavía en la proporción en que lo hicieron un trimestre más tarde, con la aplicación de fuertes medidas recesivas).

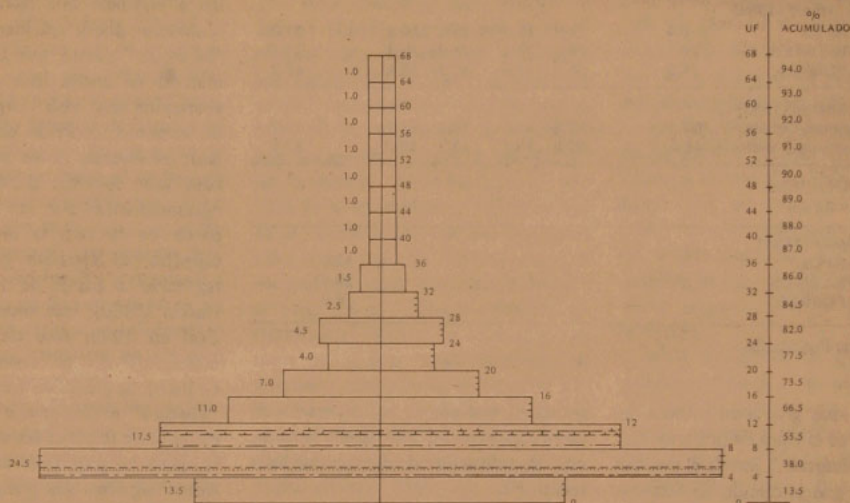
Ahora bien, es evidente que si el instrumento se muestra de tal modo sensible a las variaciones de coyuntura, o a pequeñas gradaciones en la definición de los parámetros, existe una gran masa de población que se sitúa inmediatamente en torno a la "línea de pobreza", comoquiera que ésta se defina; o, dicho en otros términos, las diversas "líneas" de pobreza atraviesan los intervalos modales de la distribución de ingresos: cualquier modificación marginal en los índices que definen la "línea", provoca, en consecuencia, un movimiento de grandes agregados de población hacia arriba o abajo de ella; ésta no coincide con un quiebre real de la distribución, sino que —como muchas construcciones apriorísticas— se ubica en medio de un conglomerado socialmente homogéneo, en términos de su vulnerabilidad frente a períodos recesivos⁸.

Parecería, pues, más útil contar con

informaciones completas de la pirámide de ingresos familiares per cápita según montos absolutos antes de trabajar la "línea de pobreza", especialmente si se trata de diseñar políticas tendientes a erradicar esta lacra social. Actualmente, puede apreciarse que dicha "pirámide" parece más bien una palmaria de ancha base a la que se sobrepone una "vela" larga que indica un extremo recorrido de la desigualdad; las diversas líneas atraviesan a la base por distintos puntos, pero no necesariamente por la "garganta" a partir de la cual la distribución se estrecha. El ejercicio gráfico puede realizarse a partir de los datos de Heskia (1980), que muestra la situación en 1979, uno de los mejores momentos de la distribución (ver Gráfico). Se puede ver que las líneas de "pobreza" e "indigencia" de distintos estudios no resultan tan distantes entre sí, pero la gran amplitud "hacia los lados" significa que grandes agregados de población entre unas y otras son definidos como "pobres" o quedan fuera de esa definición. Así, sobre una base de once millones de personas, criterios tan similares arrojan un total de 1.653.400 personas en condición de "indigencia" según el criterio de Pollack y Uthoff, frente a 2.226.100 según el criterio de Rozas y Torche, y 2.374.400 según el criterio propuesto por Jorge Rodríguez: al interior del intervalo modal (todas las "líneas de indigencia" propuestas se ubican en éste) una variación de 1.05 UF en el

⁸ Una excepción en relación a esta afirmación parece ser la relación entre desocupación e "indigencia": éstas, en efecto, se muestran fuertemente asociadas en prácticamente todos los años de estudio (Pollack y Uthoff, 1986); sin embargo, las características de los desocupados que caen a la "indigencia" no se diferencian mayormente de los que quedan en la "línea de pobreza" o inmediatamente sobre ella.

GRAFICO
DISTRIBUCION DEL INGRESO FAMILIAR LIQUIDO SEGUN HESKIA (1979)
Y LINEAS DE POBREZA DE TRES ESTUDIOS



J. Rodríguez, "indigencia": ----- (ap. 5.3 UF)
 Rozas y Torche, "indigencia": (ap. 5.1 UF)
 Pollack y Uthoff, "indigencia": ----- (ap. 4.25 UF)

J. Rodríguez, "pobreza": ----- (ap. 10.6 UF)
 Rozas y Torche, "pobreza": ----- (ap. 10.15 UF)
 Pollack y Uthoff, "pobreza": ----- (ap. 8.5 UF)

criterio significa una cantidad de 721.000 personas. Algo similar sucede con la población bajo la "línea de pobreza", que se ubica en la segunda moda de la distribución, en que la diferencia de 2.1 UF entre los criterios extremos implica una diferencia entre 4.516.900 ó 5.431.250 "pobres". Obsérvese que, en la medida en que la distribución del ingreso se hace más inequitativa— y no otra cosa ha ocurrido en los últimos cinco años, como han mostrado una gran cantidad

de estudios— el crecimiento "hacia los lados" de los intervalos modales se hace más pronunciado.

La magnitud de las cifras es por sí misma alarmante; pero mucho más lo es el que se asocie —como se hace en algunos documentos y programas oficiales— las políticas de subsidio a la extrema pobreza, a la categorización de la población según este tipo de instrumentos.

Lo que interesa de hecho es, finalmente, conocer la composición socio-

ocupacional de la masa de población que se encuentra cerca de la línea de pobreza (no importa si inmediatamente arriba o inmediatamente abajo) y cerca de la línea de "indigencia", para actuar sobre las "disfunciones" del sistema social y económico que las están produciendo y en asistencia de la población en situación más crítica. Por el contrario, en la medida en que sólo se informe de las características de los "pobres" en relación con las de los "no pobres", tiende a crearse

artificialmente una diferenciación que oscurece los mecanismos a través de los cuales la pobreza se produce (igual cosa cabría decir acerca de la "línea de indigencia").

El uso a menudo propagandístico de las estadísticas, es un factor que tiende a sobredimensionar la importancia de determinar la magnitud de la pobreza existente en un momento dado, por sobre la identificación de los mecanismos de su producción. De hecho, la discusión conceptual sobre el problema ha quedado relegada a un segundo plano frente a los debates técnico-operacionales. Y poca duda

cabe de que la pobreza, más que con condiciones habitacionales, tenencia de bienes o niveles de ingreso, que son sólo manifestaciones a partir de las cuales puede hacerse mensurable, tiene que ver con las oportunidades para reproducir autónomamente la propia vida a través del ejercicio de roles socialmente útiles. Si es cierto que es preciso actuar sobre las manifestaciones críticas de la pobreza —porque ellas son en sí mismas letales— y que ello requiere conocer las características de los potenciales sujetos de políticas de asistencia, no lo es menos que existe una proporción grande

de población que puede ser precipitada hacia la pobreza rápidamente (por pequeñas oscilaciones de coyuntura, o por una tendencia estructural hacia el estancamiento). El conocimiento de esa frontera (entre sector informal y formal, integrado y marginal, entre la participación y la exclusión), que es una frontera social y no biológica, parece de mayor importancia para pensar una política efectiva contra la pobreza.

JAVIER MARTINEZ

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Altímir, O. (1978): *La Dimensión de la Pobreza en América Latina*, E/CEPAL/L. 189.

Cortázar, R. (1977): *Necesidades Básicas y Extrema Pobreza*; Estudios CIEPLAN Nº 17.

Heskia, J. (1980): *Distribución del Ingreso en el Gran Santiago, 1957-1979*. Serie Investigación Nº 53. Santiago: Departamento de Economía, Universidad de Chile.

Martínez, J. y E. Tiróni (1985): *Las Clases Sociales en Chile; cambio y estratificación, 1970-1980*. Santiago: Ediciones SUR, Colección Estudios Sociales.

Mujica, R. y A. Rojas (1986) (ODEPLAN - IEUC, 1986): *Mapa de la Extrema Pobreza en Chile: 1982*. Informe preliminar presentado por los Sres. Rodrigo Mujica Arteaga y Alejandro Rojas Pinaud. Mimeo, Instituto de Economía, Universidad Católica de Chile.

ODEPLAN - IEUC (1975): *Mapa Extrema Pobreza*. Trabajo conjunto de la Oficina de Planificación Nacional y el Instituto de Economía de la Universidad Católica de Chile (Santiago).

Pollack, M. y A. Uthoff (1986): *El Mercado de Trabajo y la Pobreza en Chile, 1964-1984*. PREALC: borrador para discusión (policop.).

Rodríguez, J. (1985): *La Distribución del Ingreso y el Gasto Social en Chile - 1983*. Santiago: ILADES.

Rozas, M. y A. Torche (1985): *Medición de Intensidad de Pobreza en Chile*. Comunicación presentada al Encuentro Nacional de Economistas (Punta de Tralca).

Valenzuela, E.; A. Rodríguez y V. Espinoza (1986): *Informe preliminar de una Encuesta a Pobladores del Gran Santiago*. SUR: borrador policop., julio.